

ENTREVISTA

Entrevista al Doctor Juan David Nasio

Martín Reca

Psiquiatra y psicoanalista (APF).

Presidente de la sección francesa de la Asociación Franco-argentina de Psiquiatría y Salud Mental.

Esta entrevista tuvo lugar en París, donde el doctor Juan David Nasio, eminente psiquiatra y psicoanalista, vive y trabaja desde hace más de cincuenta años. Vertex ha querido ofrecer a los lectores de estas páginas con el propósito de acercarlos a la persona y a las ideas originales de este gran autor, con motivo de la publicación de su último libro Diez historias de vida, sufrimiento y amor (Paidós, 2025), y de su nombramiento como Oficial de la Legión de Honor por el Presidente de la República Francesa y Miembro de honor de la Asociación Franco-argentina de Psiquiatría y de Salud Mental (AFAPSAM), a la que el Dr. Nasio contribuyó desde sus albores.

Presentación

Seguramente los lectores de *Vertex* ya conocen al doctor Juan David Nasio, ya sea personalmente, a través de sus intervenciones radiales y televisivas, de sus conferencias difundidas en YouTube o, más probablemente, mediante la lectura de algunos de sus treinta y siete libros. Escritos con un estilo dialogado, claro y ameno, sus textos implican siempre al lector, sin perder el rigor conceptual que caracteriza su pensamiento teórico-clínico. Sus libros han sido traducidos a catorce idiomas, otorgándole a su obra una amplia difusión internacional. Algunos de ellos han alcanzado un público vasto interesado por las historias de sufrimiento, de vida y de amor, así como por la enfermedad y la salud mentales; otros se han convertido en clásicos de la enseñanza psicoanalítica.

Juan David Nasio realizó sus estudios de Medicina en la Universidad de Buenos Aires y completó su residencia en Psiquiatría bajo la dirección del profesor Mauricio Goldenberg, en el Hospital Evita de Lanús. En 1969 se trasladó a Francia, donde entró en contacto con Jacques Lacan. A pedido de este último, ambos revisaron juntos la traducción al español de los *Escritos*. En mayo de 1979, Lacan lo invitó a pronunciar una lección en su Seminario, gesto excepcional que testimonia la estima intelectual que le profesaba.

La vocación docente del doctor Nasio se manifestó tempranamente, ya en Buenos Aires, en 1965. Instalado luego en Francia, fue nombrado en 1970 docente de la Facultad de Psicología de la Sorbona, donde enseñó durante más de treinta años. Paralelamente, dictó seminarios en la Escuela Freudiana de París. Tras la disolución de esta institución, fundó en 1986 los Seminarios Psicoanalíticos de París, uno de los centros más activos de Francia en la formación de psicoanalistas y profesionales de la salud mental.

Ha recibido numerosas distinciones, entre ellas la de Oficial de la Legión de Honor de Francia en 2025, así como las de Oficial de las Artes y las Letras y Oficial de la Orden Nacional del Mérito. En la Argentina fue distinguido como «Ciudadano Ilustre de Rosario» (2001), «Huésped de Honor de Salliqueló» (2016) y «Personalidad Científica Destacada de Buenos Aires» (2017). Asimismo, ha sido nombrado Doctor Honoris Causa por siete universidades. Más recientemente, su voz ha llegado cada domingo a cientos de miles de oyentes a través de su programa *Historias de pacientes*, emitido por France Inter.

Para Nasio, ser psiquiatra y psicoanalista no implica jerarquizar estos títulos; ambos conforman una misma práctica clínica con niños, adolescentes, adultos, parejas y familias desde hace más de sesenta años. Su último libro, *Diez historias de vida, de sufrimiento y de amor*, refleja un enfoque clínico profundamente humanista y atento al sufrimiento del otro.

Nasio siempre se ha interesado por la transmisión, aquello que las ciencias humanas llaman «filiación». A diferencia de cierta tradición francesa, hace explícita su filiación psicoanalítica y menciona públicamente a

quienes fueran sus maestros, entre ellos su analista Emiliano del Campo. Pero más allá de esa declaración, lo que distingue a Nasio es la manera en que encarna esa transmisión: un proceso que excede el diván y se prolonga en todo acto capaz de producir una recepción fecunda en quien lo recibe.

Nos hablará de su encuentro con Lacan, tan inaugural como decisivo; pero podría relatar, con el mismo entusiasmo, otros encuentros que marcaron profundamente su recorrido intelectual y humano. Entre ellos, Françoise Dolto y algunos autores argentinos, como Enrique Pichon-Rivière, José Bleger, Oscar Masotta, León Grinberg, entre otros, cuyas enseñanzas integró a una práctica propia y singular.

Su obra clínica refleja, en definitiva, aquello que permanece vivo en él de los otros y que se transforma para dar continuidad a la transmisión de las ideas: recibir, reinterpretar y devenir uno mismo de manera auténtica. Esa transmisión, hecha experiencia y presencia clínica, es la que Nasio continúa ofreciendo con generosidad.

Martín Reza (MR): Querido Juan David, ya sesenta años de París... Le parecerá irreal por momentos y, sin embargo, tantas cosas atestiguan su activa realidad.

Juan David Nasio (JDN): Sesenta años de perseverancia para existir y para tratar de crear. Sesenta años en los que sigo intentando extraer de mí todo aquello que recibí: lo que recibí de las personas que amo, de mis maestros y de mis pacientes.

A mis pacientes los considero mis maestros íntimos. Porque enseñan dentro de mí; es decir, no se trata de una enseñanza que viene desde afuera, como la de un maestro en el sentido de Pichon-Rivière u otros. El paciente es un «maestro» cuya enseñanza debo elaborar en mi interior; un «maestro» de una enseñanza que, ciertamente, tengo que crear, pero que ellos mismos han inspirado en mí.

Crear, en el sentido de producir algo en el marco del trabajo con el paciente, claro está, pero también de llevar esa elaboración a un estatuto «público» que permita su transmisión.

Cuando llegué, París era un paraíso, una ilusión. Hoy, París es un jardín: un hermoso y exigente jardín que todavía necesita que trabaje la tierra, que la cultive, y que a veces florece con espinas y otras con frutos.

MR: ¿Y antes de París?

JDN: Cuando iba al Hospital de Lanús, desde 1965 hasta 1969, yo era residente en el Servicio del Dr. Mauricio Goldenberg. Éramos doce residentes —como los doce apóstoles—: todavía nos veo allí, sentaditos en los sillones. Y, de manera completamente natural, venían al servicio José Bleger a hablarnos de psicología de la conducta; David Liberman a enseñarnos la teoría de la comunicación; Joel Zac a hablarnos de la psicopatía; Aurora Pérez, que trabajaba allí, a hablarnos de

niños; Fernando Mujan, de adolescentes; Kesselman, Lía Ricón; Gregorio Barenblitt nos enseñaba clínica.

Venía también Carlos Sluzki —figura destacada de la Escuela de Palo Alto— con quien aprendíamos el abordaje de la familia y la pareja; sin olvidar a Gerardo Stein, que nos enseñaba terapia de grupo... En una palabra, era toda una constelación de grandes maestros que se desplazaban desde el centro de Buenos Aires hasta la ciudad de Lanús.

Por otro lado, yo continuaba mi formación participando en grupos de estudio: con Antonio Caparrós, para la psicología concreta; con Gregorio Klimovsky, para la epistemología; con Sciarreta, para la filosofía y el estudio de Lacan; con Masotta, trabajando los textos de Freud y de Lacan; y con Armando Bauleo, con quien leíamos filosofía francesa.

MR: ¿Dónde se desarrollaban esos cursos?

JDN: En las casas del que animaba la actividad; allí nos recibían. Era una época maravillosa y se estudiaba muchísimo.

Recuerdo también los cursos de lingüística que daba Indart.

Todo esto lo viví entre los años 1965 y 1969. Con Masotta fue un poco diferente. Puedo decir que yo lo entusiasmé para adentrarse más en Lacan. Masotta había estudiado a Lacan en el año 1964 y dio una conferencia que fue publicada en la revista *Pasado y Presente*, y luego dejó. Por el año 1967, fui a verlo para pedirle hacer un grupo de estudio, y fue el inicio de una conversión al lacanismo.

En esa época, del 65 al 69, era una «fiesta de estudio». Yo tuve también una actividad de enseñanza. Y recuerdo que eran también años de militancia, que formaba parte de esta formación. Es por la militancia también que leíamos críticamente a Melanie Klein.

MR: Y en el 69 usted parte hacia París...

JDN: Tuve una beca de la Embajada de Francia.¹ En París supervisé con Lacan de 1973 a 1979, todos los lunes, a las once y cuarto. En el 79, Lacan ya sufría un cáncer de colon que no quería operar. Yo llegaba pocos minutos antes. En la sala de espera —¡que antes estaba repleta!— no había nadie. Las puertas, casi entreabiertas. Golpeaba y entraba sin esperar respuesta. Lo veo aún allí sentado... ya abatido, enfermo... Son momentos muy emocionantes en el recuerdo.

No solo supervisé con Lacan; también estudié con Gilles Deleuze, iba a Vincennes con Serge Leclaire, estudié topología con el profesor Tingry y lógica con Pierre Laval.

Con Françoise Dolto fui coterapeuta durante dos años. Esta experiencia la cuento en mi libro *Diez historias de vida, de sufrimiento y de amor...*

Rápidamente, en 1970, empecé a recibir en mi domicilio —en mi pequeño departamentito de la rue Pascal— a colegas de Ville d'Avray que querían estudiar a Lacan. Eran tres personas. Una de ellas estaba vinculada al Dr. René Arlabosse, psiquiatra que tenía a su cargo cursos en la Sorbona y que me propuso asistirlo. Así comenzó mi aventura docente, que llevé a cabo de manera ininterrumpida durante 31 años.

Y así fue que empecé a trabajar como *chargé de cours*, título que siempre mantuve. Hubo un momento en que me propusieron entrar en la carrera universitaria, pero no me convenció.

Todos los martes a la tarde interrumpía mis consultas, tomaba un taxi y me iba a la facultad, primero a Censier, luego a Jussieu.

Pero mi interés estaba sobre todo en el seminario en la Escuela Freudiana, que era ya muy prestigioso. En 1974 comencé a hacer un seminario en la Escuela, hasta 1979. Se trataba más de conferencias puntuales, aunque después hubo seminarios semanales. Luego me fui...

MR: ...cuando empezó la disolución...

JDN: Efectivamente, empezó el lío, mucho lío; fue terrible y horrible. Las parejas y los amigos se separaban... Todo eso fue terrible: no se construía, solo se destruía, y durante dos años no se había hecho nada; nadie hacía nada. Yo preferí seguir con mi seminario, un lunes cada quince días, y alquilé para ello una sala en el boulevard Pasteur. Desde 1980 hasta 1985, Lacan muere en 1981.

En 1985, el seminario andaba tan bien, con tanta concurrencia y demandas nuevas de participación, que decidimos organizar una gran jornada de trabajo sobre el «Silencio en psicoanálisis». Fue un éxito total. Se llevó a cabo en el gran Salón Honorat de la Cité Universitaire, que usted conoce. Quiero nombrar a Liliane Zolty, discípula y querida amiga, con quien organizamos tantos eventos psicoanalíticos memorables.

De esa jornada inaugural nos vino la convicción de fundar una asociación, y se crearon así los Seminarios Psicoanalíticos de París, en 1986. Allí empezó una muy linda historia. La asociación no tiene una organización institucional; no era la idea perder el tiempo con cuestiones administrativas o conflictos interpersonales. No queríamos reproducir el traumatismo vivido con la disolución de la Escuela Freudiana. Lo único que me interesaba era trabajar, no perder tiempo con problemas asociativos.

Fue un trabajo maravilloso. Hemos hecho venir gente muy prestigiosa, de calidad y de altísimo nivel. Solo nombro a Françoise Dolto, a Julia Kristeva, a Guy Rosolato, al matemático René Thom, que fuera premiado con la Medalla Fields...

Para mí, fueron 38 años de trabajo totalmente benévolo. Di mucho tiempo y energía.

MR: También un espacio de libertad creativa para usted, ¿no es cierto?

JDN: Si se quiere. Pero sobre todo un inmenso trabajo enteramente benévolo, en pos de la difusión del psicoanálisis. Muy intenso. Y para la gente, un lugar de enseñanza consagrada a los conceptos mayores del psicoanálisis, reuniendo los aportes de las principales corrientes, que tanta falta hace en Francia. Porque en las sociedades psicoanalíticas se forma a los psicoanalistas, pero no hay una enseñanza así organizada. Existe como demanda verdadera de muchos candidatos. La idea surgió así, y con ella la necesidad de realizar un ciclo de conferencias consagradas a dichos conceptos fundamentales. De allí emana el libro *Enseñanza de siete conceptos cruciales del psicoanálisis*.

MR: Un libro mayor. Una referencia no ortodoxa de los conceptos de base.

JDN: Y muy ligado a la saga de los Seminarios Psicoanalíticos de París. Le pedí a Sylvie le Poulichet que hiciera la conferencia sobre el narcisismo. Alquilamos

1. N. del E.: Para esa beca, Nasio obtuvo tres cartas de recomendación muy elogiosas que son para él «verdaderos tesoros»: de Mauricio Goldenberg, de José Bleger y de Enrique Pichon-Rivière. La carta de Pichon Rivière está redactada en francés y dirigida a Jacques Lacan.

para esa ocasión una sala del Museo Guimet de París, de 400 lugares, que se llenó inmediatamente. La gente hacía cola para entrar y muchos quedaron frustrados de no poder obtener su lugar.

Correspondía a una verdadera necesidad: espacios de formación abiertos, sin otro objetivo que el de comprender bien esos fabulosos conceptos que el psicoanálisis aportó a la psiquiatría, a la psicología y también a la cultura.

Fue tentador fundar una Escuela. Muchos me lo pedían. Pero no fue la opción, y no me arrepiento. Los Seminarios eran la fórmula que mejor nos convenía. Seminarios y grupos de estudio, por supuesto, que se gestaban espontáneamente.

MR: Escuchando esa fiebre por el saber, ¿qué le diría a un joven colega que le confía su deseo de venir a formarse a París hoy, en 2026?

JDN: Que está bien. Pero que tiene que venir ya formado. Y le diría también que busque y encuentre un maestro.

Y si ese joven colega me preguntara: «¿pero cómo se busca o se encuentra un maestro?», respondería que un maestro es un colega de mayor experiencia a quien le gusta contar cómo hace con su paciente, que no tiene reservas para dar generosamente lo que sabe.

Y claro, también es importante tener un lugar donde trabajar. Tener una idea de un lugar donde hacer realidad la ocasión de compartir la experiencia con dicho «maestro».

MR: ¿Lo prevendría de eventuales desilusiones?

JDN: No. ¿Por qué? Es cierto que el psicoanálisis está hoy en día en otra situación que en los años en que vine yo. Pero otras cosas pueden resultar hoy muy atractivas en nuestro campo: la sistémica, la neurobiología... El joven colega se inclinará en dirección hacia donde su deseo le dicte. Pero yo insistiría, en mi consejo, sobre la importancia del maestro para emprender tal aventura. Es realmente necesario tener un maestro.

Y no hay edad para eso. Cuando Lacan y Dolto fallecieron, quise supervisar con Serge Lebovici —¡yo ya estaba entrado en años!—; pero poco tiempo después falleció él también. Yo lo había conocido en la radio *France Culture*, en un ciclo sobre Donald Winnicott en el cual nos entendimos muy bien.

Sentir la necesidad de una persona superior a uno mismo permite, por supuesto, seguir siempre aprendiendo, pero también y sobre todo ser uno mismo. Para ser uno mismo, necesitamos sentir a alguien por encima de nosotros... estoy hablando de un sentimiento de humildad que es constitutivo del ser humano. Si acep-

to la existencia de un ser superior a mí, acepto que soy una persona limitada, un ser limitado, y que debo aprender para crecer y superarme.

Si me preguntara qué es lo más importante para mí en lo profesional, diría que es conservar la inocencia, sentir que quiero aprender y ¡que aprendo! Cuando el paciente se va del consultorio y nos deja pensando, y al cabo de un tiempo de elaboración nos da la impresión de haber entendido algo... Ese sentimiento que se expresa con la frase del «ahora entendí», en la que el sonido de la última sílaba se alarga y se agudiza. Eso es maravilloso.

Ser inocente nos vuelve curiosos y nos da la ocasión de sorprendernos. Dos condiciones para aprender. El «niño» en nosotros. Soy un niño mientras pueda conservar esa capacidad de sorprenderme. Es una actitud y un estado mental de disponibilidad a la sorpresa y de búsqueda de satisfacer la curiosidad, despojada de *a priori*. Cuando quise contactar a Lebovici, fue con ese espíritu de «virginidad» en el enjuiciamiento que cultivo en mí para seguir aprendiendo: el «niño». Siendo que yo ya tenía casi 60 y pico de años. El «niño» es lo inédito ante la vida, que nutre la larga esperanza de vida. Da vitalidad. En ese sentido, la energía que se moviliza es una energía inscrita en el tiempo.

MR: El «niño»... y el amor, ¿no es cierto?

JDN: Muy cierto. Y ahora que usted lo señala, quiero expresar mi amor por la lengua francesa. París, Francia, mi «exilio», están también estrechamente ligados a mi amor por la lengua francesa.

Ya conoce usted mi amor por el psicoanálisis, pero quiero señalar también mi amor particular por la psiquiatría. Soy un psicoanalista que ama la psiquiatría. ¡Adoro referirme, por ejemplo, al delirio sensitivo de Kretschmer! Adoro la época en la que estudiaba el *Manuel de psychiatrie* de Henri Ey: las diferentes formas de la esquizofrenia, etc. Mi apego por la psiquiatría es sólido. El otro amor también muy fuerte es por la lengua francesa.

MR: ¿Qué le gusta de la lengua francesa?

JDN: Me gusta la exactitud, la secreta armonía que se desprende de una frase bien escrita. El francés exige e impone ese rigor de la construcción en la frase escrita, y en la composición global también de la redacción en francés. Es un ejercicio del espíritu muy particular, que se condice con la exigencia de rigor en la construcción y la expresión del pensamiento conceptual. Pero, en lo que a mí concierne, debo decir que me propongo siempre escribir el francés con exactitud y rigor, conservando la «música» argentina.

Las frases tienen una «música», y para mí eso es muy importante: su ritmo de fraseo y la sonoridad que dan las mismas palabras elegidas para su construcción.

Estoy corrigiendo en este momento la edición española de *Clara, el bebé que vuelve a la vida*. En él, al inicio del libro, hablando del rol protector de los hijos respecto a los padres, evoco la figura de los ángeles y digo en francés: «*l'histoire touchante d'un petit bébé qui protège ses parents... Et je pense à la figure des anges gardiens aux visages roses et joufflus...*». El editor traduce: «la cara sonrosada y las mejillas regordetas de los ángeles». ¡Regordetas! ¡No es posible! Pensando en la música del escribir de la que le hablo, le propuse corregir: «con caras y cachetes sonrosados». El objetivo era evitar «regordetas». Ese halo musical de las frases es algo propio a las lenguas. Es muy importante. Quizás lo que está más enraizado a la lengua natal.

MR: Qué difícil y apasionante es la traducción...

JDN: En castellano puedo corregirlas; pero qué pasa en las otras lenguas en las que mis libros son traducidos es un enigma. No poder corregir eso es una pena, aunque lo conceptual está seguramente salvaguardado.

MR: En la lengua se halla para siempre una filiación irrenunciable. Volvamos, pues, a la filiación; le propongo el juego siguiente, que consiste en poner una palabra o una corta frase delante de cada uno de sus maestros.

JDN: Retomemos la lista que me presentó: De Freud: «el maestro de todos nosotros». De Ángel Garma: «lo psicossomático». Mi padre, médico, lo conocía personalmente por sus trabajos sobre la úlcera del estómago. Era la época en la que los médicos clínicos leían a los psicoanalistas. De Pichon-Rivière: Ay, ¡qué difícil! «Avenida Santa Fe a las 12 de la noche». De José Bleger: «Rosario; comunismo»... También se conocían con mi padre, que era militante comunista. Cuando, estando yo ya en Buenos Aires, fui a verlo -seguramente por sus trabajos sobre la conducta-, el mismo Bleger me contó haberlo conocido en Rosario. De Emiliano del Campo: «Mi analista». De 1965 a 1969. Le regalé una pipa cuando terminé mi análisis, porque me venía para París. De Jacques Lacan: su frase inolvidable: «Usted hace mi seminario». ¡Qué locura eso!

MR: «Padre» es la palabra que vuelve con recurrencia. No en vano, ¿no es cierto? Son «caras» del padre en las que inscribimos probablemente nuestra filiación.

JDN: Probablemente.

MR: En referencia al título tan entusiasta de uno de su libros ¡Sí, el psicoanálisis cura!, editado por Paidós en 2017; ¿es cierto entonces que el psicoanálisis cura?

JDN: ¿Cómo justificar semejante afirmación? Me he dado cuenta de que mi experiencia clínica y mi reflexión teórica se han enriquecido con el paso de los años, y de que los pacientes que manifestaban su gratitud luego de concluido su tratamiento eran cada vez más numerosos.

Hoy me digo que puedo y debo confiar plenamente en la eficacia de mi larga y apasionante práctica psicoanalítica, que no dejo de conceptualizar, de enseñar y de compartir con otros clínicos. Es esta confianza la que me incita a decir sin vacilar: «¡Sí, el psicoanálisis cura!». Por supuesto, ningún paciente se cura completamente, y el psicoanálisis, como todo remedio, no cura a todos los pacientes ni cura de manera definitiva. Así lo afirmo en las primeras páginas de dicho libro.

MR: Como modelo de curación, he retenido -como una gran enseñanza suya- una expresión particularmente significativa: la de «desvitalización del fantasma y del sueño», en un sentido conductual del término, que acompaña al fantasma hasta el punto de integrarlo como una identidad alienada.

Se desprende claramente de la lectura de su libro que no se trata de erradicar el elemento constitutivo, ya sea traumático o fantasmático, ni el deseo. Pero sí de que, de algún modo, se desvitalice su presencia, de manera que ya no exija su dramatización permanente ni su repetición.

Tal operación engendra una «inteligencia» frente al fantasma que constituye a la persona, así como una forma de «empatía» hacia uno mismo, que permite aprender a amar y a querer aquello que nos constituye. Munido de esa «inteligencia», aportada por una crítica transformada en curiosidad investigadora, a diferencia de la crítica enjuiciadora del superyó, el sujeto puede situarse de otro modo frente a su experiencia.

JDN: ¡Sí! Así es. Es exacto. Nos introduce en el tema del fantasma sobre el cual usted quería también interrogarme. Efectivamente. Eso resulta un poquito más técnico y quizás más teórico.

MR: El fantasma, sobre todo articulado con el traumatismo. Usted cuenta en sus casos clínicos la importancia que le confiere al traumatismo, e insiste en ello. Se trataría de traumatismos que no son forzosamente los que se recuerdan, sino de un traumatismo de la memoria inconsciente...

JDN: ...reconstruido efectivamente por el análisis del síntoma y de la repetición transferencial.

MR: Me he preguntado, leyendo sus casos: ¿qué lugar darle entonces a lo pulsional?, y me parece que lo pulsional -del fantasma- aparece cuando usted se refiere a una articulación muy fina y muy curiosa entre traumatismo y fantasma... al punto que, por momentos, entendemos por «traumatismo» lo «traumático» de lo inaugural de un sufrimiento, como si se tratara de lo traumático... del fantasma mismo.

JDN: Lo que articula todo lo que usted dice, correctamente, es que se trata en todos los casos de un *evento vivido*, de cuerpo y alma, con emociones y con huellas sensoriales. Ya sea que se trate de eventos imaginarios o reales.

Pero precisaría que el fantasma es un derivado del trauma en tanto que acontecimiento. El fantasma es una secuela imaginaria del traumatismo. El sello psíquico del traumatismo.

MR: André Green afirmaba que la primera vez era un «trauma» y que las siguientes, y si repite, ya es fantasma.

JDN: Está bien. Adhiero a esa proposición.

MR: Pero ¿usted afirma entonces que «al inicio, es el trauma»?

JDN: Sí. Hay dos tipos de trauma (reales o supuestos): el trauma violento, que provoca cambios profundos en el ser, y el trauma que yo llamo «de crecimiento».

Los traumas profundos más frecuentes son de tres tipos. Primeramente, el trauma por abandono, ya sea porque la madre ha dejado al niño en un orfanato, lo cual constituye un trauma de *abandono* real, o porque un niño de cuatro años se ve enfrentado a la desaparición de su madre durante tres meses debido a un accidente automovilístico, sin que el padre ni nadie le explique lo ocurrido. Cuando esta situación se prolonga y el niño no sabe que su madre sufrió un accidente y que se encuentra hospitalizada lejos, por ejemplo en Italia, puede vivir ese alejamiento como un abandono. Así, tenemos tanto los traumas reales como los traumas vividos.

En segundo lugar, el trauma provocado por los *maltratos*, ya sean físicos o morales. Y fíjese que el grito aquí es fundamental. Con frecuencia es más traumático que el maltrato físico...

MR: ¿Por qué?

JDN: Porque produce en el niño una sorpresa de escalofrío y de espanto. Del mismo modo que es traumático lo visual; es decir, ser testigo de maltrato sin ser uno mismo la víctima directa: ver, por ejemplo, al papá pegarle a la mamá. Y en tercer lugar, el trauma por *abuso sexual*.

MR: ¿Alguno de estos tres tipos de traumatismo profundo sería más desorganizador que otro?

JDN: No. Se trata de los tres traumas violentos más frecuentes. Existen otros, por supuesto, pero estos son los más habituales en la clínica. El trauma de abandono da lugar, con frecuencia, a la fobia; el trauma de maltrato suele conducir a la neurosis obsesiva; y el trauma de abuso sexual da lugar frecuentemente a la histeria. No puede decirse que uno sea más desorganizador que otro.

Ahora bien, considero que hay otros traumas que no son violentos y que generan crecimiento. Los llamo «traumas de crecimiento».

Son traumas porque provocan un trastorno en el niño, pero que el niño puede elaborar y gestionar. El más frecuente, por ejemplo, es el nacimiento de un hermano o hermanita.

MR: Traumatismos de crecimiento que implican separaciones...

JDN: Exacto. Traumas de separación: el niño que permaneció en el mismo grupo y establecimiento durante el jardín de infantes hasta la escuela primaria y que, de pronto, tiene que cambiar de escuela, vive algo muy doloroso. Por supuesto se adapta, pero hay allí algo ya traumático.

O bien el caso de un hermano o una hermana diez años mayor: cuando el niño tiene siete u ocho años y la hermana de dieciséis se va al extranjero, él queda privado de esa presencia. Tal separación constituye un trauma de crecimiento, ya que obliga al niño a reorganizarse, readaptarse y aprender nuevas maneras, nuevas defensas, para soportar la vida. Y no por ser superados dejan de ser traumatismos...

MR: ...dejan huella.

JDN: Dejan huella, sí; pero, para mí, dejan la huella para la neurosis en general, aunque no para desarrollar una neurosis con síntomas caracterizados. Esa es justamente la diferencia: los tres traumatismos violentos —abandono, maltrato y abuso— provocan síntomas característicos; generan neurosis con manifestaciones específicas, que producen sufrimiento y requieren tratamiento.

En cambio, los traumatismos no violentos, los traumas de crecimiento, dejan secuelas, pero, a mi entender, se trata de una neurosis en general. Un traumatismo de ese tipo produce una neurosis sin síntomas claramente caracterizados. Neurosis en general, generadora de angustia, por supuesto, pero que no exige necesariamente tratamiento.

MR: Y dejan seguramente —ya que se trata también de una cuestión de umbral, cuantitativo, dice Freud — una vulnerabilidad más o menos importante, por ejemplo, frente a la depresión. Usted, en otro de sus libros, habla del traumatismo como de una cicatriz a partir de la cual las personas enferman de depresión.

JDN: Efectivamente.

MR: Finalmente, usted se acerca a las convicciones de Ferenczi, que veía, quizás más que Freud, que el origen de las neurosis era la experiencia traumática. Con Rank escriben en 1924 *El traumatismo del nacimiento*. Freud, en cambio, sostenía más firmemente que el fantasma era el causante del traumatismo en tanto que hacía que el evento fuera sobredeterminado por la carga fantasmática. Qué enmarañado resulta esto, ¿no?

JDN: Este punto siempre me interesó. Freud, con su teoría de la libido, confiere una importancia fundamental a la fijación de los acontecimientos en función de los estadios sexuales del desarrollo. En el estadio anal, por ejemplo, habría una erotización excesiva del ano. Yo hablo del maltrato, pero Freud diría: hubo una fijación erótica anal ligada al castigo, al dolor. Ese niño quedó eróticamente fijado a esa experiencia.

En el caso de la histeria, según Freud, no habría necesariamente abuso sexual, sino una fijación erótica a la caricia sensual. Y con la fobia ocurre algo semejante: Freud hablaba de una fijación al período oral. Yo, en cambio, hablaría del abandono del lactante al que se le retira el pecho materno. Un hecho que fija al niño a un estado en particular.

MR: También en la «fijación» aparece una circularidad: El hecho «fija» en un estadio y el hecho es fijado porque el sujeto se halla en determinada fase de su desarrollo.

JDN: Y lo que se fija es un fantasma. Tomemos un ejemplo: un niño que va a hacer caca. La madre es una obsesiva; piensa que si el niño no defeca una vez por día se enfermará. De esa manera, la madre —o la persona que se ocupa de él— justifica la aplicación regular o diaria de un supositorio.

Con ese gesto, el niño empieza a concentrarse en un lugar del cuerpo que es el ano. Eso sería lo que Freud describió como una fijación anal. Pero hay una fijación anal porque la madre le pone un supositorio, y eso ya es fantasma.

MR: ¿Un encuentro... ?

JDN: Es el «grano de verdad», el «grano» -en alemán Freud dice *Korn*- de realidad que está en la formación del fantasma. Eso sería para juntar a Freud con la interpretación del trauma.

MR: ¿Y usted, Nasio, es en lo que sigue creyendo?

JDN: ¡Claro! Lo reinterpreto, seguramente. Lo digo con mis palabras y a partir de mi propia experiencia. Siempre reinterpretemos. Y me encanta darme cuenta de que lo que estoy pensando ya había sido dicho. Cuando Freud habla de la fijación, yo pienso que era su manera de hablar de un elemento traumático.

Freud estaba ocupado con la evolución de los estadios para pensar en el falo, porque el tema de los estadios para él era el de los estadios del placer sexual. No hay que olvidarse de esto. Los tres estadios -oral, anal, fálico- son estadios en función de los lugares de placer: la boca, el ano y luego el estadio fálico, donde el placer es el fantasma del sexo. El pene, pero «fantasmado».

MR: ¿En los otros no hay fantasma?

JDN: No diría eso. En los otros hay fantasma, claro; pero lo que me importa resaltar es que en los estadios oral y anal el lugar del placer es orgánico, en la zona erógena. En el estadio fálico se opera un salto, y el lugar del placer es el fantasma.

MR: Pensar que esto sigue siendo objeto de debate entre todos los movimientos posfreudianos. Pensemos también cómo la cuestión se complejiza cuando los estadios adquieren un carácter desarrollista, en un sentido ontológico: esas «fijaciones» pasan entonces a pensarse en términos de subjetivación.

Me gusta pensar que se trata de puntos de vista complementarios y no opuestos. Sin embargo, persiste la idea de que, para ser freudiano, habría que seguir exclusivamente la vía libidinal.

JDN: Es interesante pensar de manera totalmente inocente: ¿qué le causa placer, físicamente, a un niño cuando tiene seis meses o cuando tiene dos años? Esa es la cosa que, para mí, dijo Freud.

Lo que conversamos me recuerda un libro muy interesante que debo tener en algún lugar de la biblioteca: se trataba de las actas de una jornada donde intervinieron sobre los estadios Henri Wallon y Jean Piaget. Apasionante. Son efectivamente maneras de pensar diferentes según diferentes criterios; por ejemplo, Piaget lo hacía de acuerdo a la inteligencia, lo cognitivo; Wallon se interesó en los estadios de la construcción del yo, entre los cuales el del espejo -el del reconocimiento de la propia imagen- es el más conocido, porque lo retomó Lacan para su teorización.

MR: Volvamos, si está de acuerdo, a su práctica. ¿Reconocería en usted una tendencia técnica en particular, o una representación íntima de sus objetivos? Por ejemplo, la búsqueda o reconstrucción de recuerdos

traumáticos, como lo decíamos previamente; la movilidad de la transferencia, etc.

JDN: No me concentro en algo en particular. No he logrado, hasta ahora, decirme a mí mismo qué es exactamente lo que, en mí, ayuda al paciente. Sé que se trata de un conjunto de elementos puestos al servicio de ciertos efectos de cambio y de progreso: el contenido de lo que comunico, por supuesto, pero también la voz, la mirada... Seguramente se trate de una modalidad de presencia. Trato de teorizarla lo mejor que puedo y desde ángulos diferentes.

Una de esas ideas es la siguiente: ya sea escuchando o interviniendo, le muestro al paciente que, allí donde él se halla desunido en su interior, nosotros podemos estar unidos en nosotros mismos. Me centro, pues, en el problema de estar unido o desunido. Es una de las maneras de abordar la cuestión.

Le muestro entonces dos cosas: primero, que yo mismo estoy unido en mi propia manera de ser ante él y, luego, que busco lograr que él se quiera a sí mismo. Le muestro un modo de trato hacia él que él mismo podría adoptar consigo. No se trata de ser para el paciente un modelo, lo cual Lacan criticó, y con razón, sino de teorizar aquello que, por esa vía, ejerce efectos benéficos. Esto abarca un aspecto de lo que fue estudiado como imitación, pero en un sentido identificatorio y profundo.

Esa «preocupación de base» me permite cierta libertad técnica. Libertad técnica no quiere decir hacer lo que uno quiere. Permanentemente observo toda iniciativa que tomo para y con el paciente. Para ello sigo la regla profesional que consiste en: hacer, observarse hacer y teorizar lo que se hace. Así formalizo el trabajo.

MR: El paciente debe identificarse entonces no tanto con una persona -su terapeuta- sino con esa «regla» pensante, esa manera de proceder.

JDN: Exactamente. Y se identifica también con ese interés.

Le cuento una variante técnica que yo llamo la «interpretación gráfica».

La interpretación gráfica surge cuando le propongo al paciente, en este caso un paciente obsesivo que presentaba una fobia de impulsión y temía matar a su madre: «Bueno, vamos a hacer una cosa» -tomando una hoja que coloco sobre el banquito junto al sillón o al diván- «Hagamos la línea de vida, para ver cuándo empezó esta idea.» Entonces comenzaron a encadenarse los hechos. El paciente me dijo: «Nunca tuve

una imagen tan completa del problema. Es la primera vez que veo esto.»

Una línea de vida para ver los diferentes momentos de repetición y las crisis que tuvo: los tratamientos que siguió, los médicos que consultó, las mujeres que dejó, la mujer que conoció... Estamos trabajando en eso; este paciente ya se siente mucho mejor y sin medicamentos. La llamo «interpretación gráfica» porque el solo hecho de que aparezca el gráfico ya le da al paciente una visión diferente, sin que yo haya dicho nada en particular, aunque, por supuesto, esto pueda acompañarse de alguna intervención verbal.

Otra variante técnica puede consistir en salir al hall del edificio de mi consultorio, donde hay un espejo, y acompañar a la paciente anoréxica a observar juntos su imagen corporal. O ir hasta la escuela junto al niño que presenta una fobia escolar.

Me dejo llevar por el «buen sentido» y por lo que definí como «inconsciente instrumental», observando y pensando siempre lo que está ocurriendo, en los diferentes niveles del acontecer en la relación: lo pensado de manera emergente, lo intuitivo, los gestos, los movimientos... todo aquello que engloba el ser y el estar, aquí y ahora, con el paciente. Para que el paciente sienta la autenticidad con la que recibo lo que él es, tal como él es. Lejos de posiciones superyoicas. En algunas situaciones, el superyó es la parte enferma de la psiquis, una especie de «tumor» psíquico, tal como se observa en los adolescentes que sufren del fantasma de humillación, como lo digo en mi libro *Cómo actuar con un adolescente difícil*.

Trato, por supuesto, de penetrar en su mundo interior y sentir conscientemente lo que el paciente siente y, sobre todo, aquello de lo que él no tiene conciencia.

Ya sea en el momento mismo o en el *après-coup*, cuando elaboramos lo vivido, cuando teorizamos, o cuando escribimos y reflexionamos. Trabajando siempre.

MR: Con esa frase, si está de acuerdo, podríamos concluir. Muchas gracias, Juan David. Como en todos sus libros, le agradezco especialmente, y también en nombre de los lectores de esta entrevista, su manera generosa, dialogada y rigurosa de transmitir su enseñanza.

JDN: Muchas gracias a usted, Martín, y a la revista *Vertex*, que me brindan la ocasión de estar nuevamente en contacto directo con los colegas de nuestro querido país.

París, 5 de marzo de 2026